

RAÚL FORNET-BETANCOURT*

Pensar la época

Resumen: En este breve artículo tomamos como punto de partida, por una parte, la concepción hegeliana de la filosofía como esfuerzo por elevar el tiempo o la época en la que se vive “al concepto”, es decir, como tarea de comprender su tiempo; y por otra parte, se recurre a las conocidas reflexiones de Martin Heidegger sobre el sentido de “pensar”, para intentar pensar nuestro presente histórico como la situación en la que la reflexión filosófica debe también complementar su comprensión del mundo con una perspectiva de orientación para la acción transformadora en el mismo. De este modo el artículo reflexiona primero sobre los cambios que caracterizan nuestra época y trata luego de mostrar cómo debemos pensar esa situación concreta como un campo que nos desafía a actuar como hombres libres o que quiere ser libres en su tiempo.

Palabras claves: Época, filosofía, acción social, libertad.

To Think Time

Abstract: In this short article we take as starting point, on the one hand, the Hegelian conception of the philosophy as the effort to seize conceptually or with the thought our time, on the other hand we refer to notes reflections of Martin Heidegger, on the sense of “thinking”, to try to understand our historic present as a situation in which the perspective of guidance for the transformation of the World binds complementarily to philosophical reflection, as understanding of the World. In this way the article reflects on both changes that characterize our time on the ways in which we can act as free men and be free in our time.

Key-words: Time, philosophy, social action, freedom.

* Ph.D. in Philosophy, Honorary Professor of Systematic Theology, Institute of the Catholic Theology, RWTH, Aachen University.

Nota Introductoria

Conocida es la concepción hegeliana de la filosofía como esfuerzo especulativo por descifrar el “espíritu de la época” y elevar la realidad de su correspondiente tiempo al “concepto”, haciendo patente en él la presencia de la razón.¹ Y conocida es también esa otra afirmación de Hegel en la que se precisa que el esfuerzo de la filosofía por elevar su tiempo al concepto y constituirse como el “pensamiento del mundo”², implica como una consecuencia necesaria de sí mismo la llegada retrasada de la filosofía a la cita del quehacer actual de la historia, al momento en que se proponen y debaten las perspectivas de acción para orientar el curso de la historia humana por el camino que debería tomar.³ Por ello también leemos en la tan citada metáfora con que termina ese texto la conclusión de que el búho de Minerva levanta su vuelo al romper el crepúsculo.⁴

Las reflexiones que resumimos en las páginas que siguen, que no pretenden ser más que unos apuntes para impulsar la discusión⁵, recogen como inspiración de fondo ese pensamiento de Hegel; pero tratando de mostrar, con Hegel y contra Hegel al mismo tiempo, que si en verdad se trata de que la filosofía se cultive como un esfuerzo por reconocer “la razón como la rosa en la cruz del presente”⁶, pues sólo así puede pretender recoger el sentido de su tiempo en el pensamiento, la filosofía tiene entonces que empeñarse en no llegar tarde a la cita con el presente, en no esperar la caída del crepúsculo para iniciar su labor. Si queremos que la filosofía acompañe sobre todo a los que llevan la cruz y les ayude a descubrir la “rosa” de la esperanza de vivir con sentido, debemos hacer de la reflexión filosófica una forma espiritual y vital de estar en el presente buscando los anuncios de lo nuevo y bueno. Y en este sentido nos parece necesario complementar la visión de Hegel con la de Augusto Salazar Bondy que señalaba al respecto: “Contra el veredicto del gran filósofo alemán, nosotros creemos que la filosofía puede ser y en más de una ocasión histórica ha tenido que ser la mensajera del alba, principio de una mutación histórica por una toma de conciencia radical de la existencia proyectada al futuro”.⁷

Desde esta perspectiva presentaremos a continuación algunas consideraciones para motivar la discusión de cómo pensar nuestra época de manera que su comprensión nos oriente al mismo tiempo en la tarea de proyectarla hacia un tiempo mejor.

¹ Cf. G.W.F. Hegel, *Grundlinien der Philosophie des Rechts*, en *Werke in zwanzig Bänden*, Suhrkamp, Frankfurt 1970, página 26.

² Cf. G.W.F. Hegel, *Ibidem*, página 28.

³ Cf. G.W.F. Hegel, *Ibidem*, páginas 27-28.

⁴ Cf. G.W.F. Hegel, *Ibidem*, página 28.

⁵ El texto resume las reflexiones expuestas en la reunión del grupo de la “Asociación Latinoamericana de Investigación en Europa” que tuvo lugar el 27 de febrero de 2016 en La Casa de Espiritualidad Felip Neri en Barcelona.

⁶ Cf. G.W.F. Hegel, *op.cit.*; página 26.

⁷ Augusto Salazar Bondy, *¿Existe una filosofía de nuestra América?*, Siglo XXI, México 1968, página 125.

TOPOLOGIK

Notas para la tarea de pensar la época

Entendiendo que éste no es el lugar para intentar desarrollar una teoría ni para ofrecer un conjunto de recetas prácticas, sino que, por el grupo en que estamos, se tiene que tratar más bien de indicar perspectivas que, como decía antes, motiven la discusión entre nosotros, presentaré las consideraciones que les propongo para iniciar esta tarea común de pensar y actuar de manera alternativa en nuestra época, resumiéndolas en los siete bloques temáticos que enumero a continuación:

1. Pensar los cambios de la época

Pensar la época desde la percepción de los cambios que ella misma genera, propaga y reconoce como gestores de la realidad con la que ella se identifica, esto es, que le dan su identidad, por ejemplo, como época de la globalización, del fin de las identidades, de la información, de la realidad virtual, etc. Pensar, así, por ejemplo, los cambios en el orden y funcionamiento de la economía, en la comprensión y gerencia de lo social o de las fronteras entre las formas de vida de la gente y las nuevas tecnologías. Pero se trataría de pensar esos cambios que sentimos como propios de nuestra época (y que representan, por tanto, cambios que trastocan las condiciones de vida y de pensamiento que hemos heredado) desde la sospecha de que despliegan una dinámica estructural que en su avance o progreso es implacable con todo lo que va dejando atrás como “viejo”, pasado de moda o superado. Esto significa pensar los cambios de la época no sólo desde la cara esplendorosa de la espectacularidad con que se presentan, sino también desde el reverso de su deslumbrante apariencia, desde lo que condenan a la sombra o incluso entierran. Permitan que concrete esta perspectiva para reflexionar sobre nuestro tiempo indicando dos momentos para nuestra tarea:

A) Pensar las “despedidas” que se han propagado o los “entierros” a los que se nos ha invitado como signos de nuestros tiempos, que sería también hacer memoria de la experiencia que sacamos de nuestra historia con cada uno de los “adioses” que hemos repetido tratando de acomodarnos al ritmo del progreso acelerado de nuestra civilización. Pensemos, por ejemplo, en el “adiós” a Dios, en el “adiós” al hombre, en el “adiós” a la historia, en el “adiós” al sentido, etc.

B) Pensar los “sustitutos” con que se intenta compensar lo que se deja atrás en las “despedidas”, revisando en este sentido la función compensatoria que cumplen también, por ejemplo, el espectacular dispositivo científico y tecnológico, o los programas de la llamada cultura de masas y del entretenimiento. Como ilustración nombremos dos casos: la sustitución del horizonte abierto de un mundo infinito por la “precisión” de una realidad reducida a su medida tecnológica; o la sustitución de la experiencia por la información, con lo cual se mina la posibilidad del conocimiento vivencial y, con ello, su importancia como base para el ordenamiento de las relaciones del hombre consigo mismo, con el otro y con el universo.

TOPOLOGIK

2. Pensar cómo nos piensa la época

Pensar la época significa también, evidentemente, pensar cómo somos pensados por las fuerzas ideológicas e instancias de poder que se disputan la hegemonía en la decisión del diseño que ha de seguir su curso. Ciertamente, justo en nuestra época se habla mucho de autonomía individual y de soberanía ciudadana. Pero conviene estar alertas para no ser víctimas de una retórica engañosa que oculta que no concibe al hombre como una persona que se forma sino como un agente funcional en el que se influye. Por eso la tarea de pensar la época se tiene que prolongar en ese ejercicio de analizar qué imagen de nosotros nos quieren “vender” las fuerzas que nos gobiernan y que administran las instituciones que sostienen el curso dominante de nuestro tiempo. Central en este contexto de nuestra tarea sería, por consiguiente, revisar no solamente cómo nos piensan las ideologías o las visiones del mundo que piden nuestra adhesión, sino también, y acaso principalmente, la industria y las empresas de todo tipo que con sus “ofertas” luchan por moldear nuestras formas de vida, nuestros hábitos de consumo, por despertar “necesidades”, etc.; y programar con ello nuestros deseos. En toda “oferta” se nos piensa de alguno modo.

3. Pero, ¿qué significa pensar?

En los dos puntos anteriores hemos esbozado dos posibles perspectivas para iniciar la tarea de pensar la época. Pero, antes de seguir con el esbozo de otros puntos, hagamos un alto para cerciorarnos del sentido de la tarea, y preguntemos: ¿Qué significa aquí pensar? Esta pregunta nos recuerda evidentemente a Martin Heidegger. Se sabe que esta cuestión fue objeto de dos cursos que dio Heidegger entre 1951 y 1952⁸ con el fin de deslindar el pensar de otras actividades racionales encaminadas a “saber algo”, para mostrar así que “pensar”, más que producción de saber, es un acto de agradecimiento por el que se recuerda cómo atañe al hombre la historia del ser. No será, ciertamente, ese rumbo heideggeriano el que tomaremos como norte para aclarar el sentido del pensar en la tarea que nos proponemos cuando decimos “pensar la época”. Con todo conviene, sin embargo, tener presente la meditación de Heidegger sobre el pensar, ya que plantea con toda claridad la necesidad que tiene el hombre de nuestro tiempo de aprender a pensar como acción de profundo discernimiento, liberada de todo cálculo y afán de dominio.

Así, aclaremos primero, dicho en forma negativa, que aquí pensar no debe confundirse con la actividad de acumular información o de conectar informaciones entre sí. Pensar no es, por tanto, sinónimo de saber manejar la información disponible ni analizar los saberes contenidos en la misma. Por el contrario, y dicho ahora en positivo, pensar

⁸ Cf. Martin Heidegger, *¿Qué significa pensar?*, Editorial Nova, Buenos Aires 1964.

requiere liberar la capacidad de interrumpir el flujo de las redes de información y de saberes para preguntar por el dorso que no se ve. Esto es: pensar es girar sobre nuestros propios saberes para ver las espaldas que no se ven desde el frente que nos impacta. De esta forma el pensar tiene que “suspender” en cierta forma tanto los saberes que corren por el mundo pretendiendo representar su visión científica como los conceptos que aseguran la transmisión de los mismos. Con esta mirada desde el reverso, que podemos llamar con una palabra tradicional “re-flexión”, despierta el pensar. Y, por eso, indicamos como segundo momento aclaratorio que pensar significa aquí también el “examen de conciencia” por el que repasamos, como personas y época, la “mentalidad” que hemos incorporado justo como la cultura de pensar que alimenta las certezas desde las que vivimos y actuamos. De aquí, tercero, que pensar significa también, como radicalización de ese repaso de nuestra “mentalidad”, entrar en un proceso de subversión de la positividad de las certezas sobre las que corre el mundo como dispositivo totalitario y, por tanto, cerrado a todo lo que no esté previsto según su positividad. Pensar rompe de este modo el encanto con que seducen la positividad y la precisión espectaculares del mundo y es así un acto de liberación de la mente o del alma. Pensar, en fin, significa calar los saberes y sus mundos medidos para trascenderlos y fundar de nuevo.⁹

4. ¿Para qué pensar?

A la luz de la aclaración anterior continuemos con el esbozo de las pistas para pensar nuestra época señalando en este cuarto apartado que, admitiendo que pensar significa liberación y trascendencia, ello implica que con la tarea de pensar la época asumimos la responsabilidad de indicar caminos:

Primero, para sacudirnos el yugo de la dictadura de lo instrumental que cierra para la época el horizonte de la esperanza de un “Buen Vivir”, al imponer el “Buen Funcionar” como finalidad del ser y hacer de un hombre cuya humanidad tiene “sentido” en la medida en que perfecciona el carácter instrumental del mundo y de sí mismo así como su uso de los métodos para manejarse con eficacia en ese dispositivo instrumental.

Segundo, para romper, en consecuencia, el círculo de la mentalidad positivista y sus leyes que validan sólo los saberes que “cuentan” para el mundo de las cuentas.

Tercero, para subsanar la pérdida de vida y realidad que significa pertenecer a una época oprimida en sus posibilidades de sentido por estar sometida a una industria de la idolatría de “presencias” que van y vienen, sin historias, que no remiten más que a sí mismas como a ese su estar ahí visible y que, justo en tanto que supuestas autoras de su presencia, son analfabetas de toda alteridad. En esta línea podemos decir, pues, que pensamos para recuperar “memoria” y, con ello, para vitalizar el presente de la época

⁹ En esta visión alternativa coinciden significativamente pensadores muy diversos como José Martí y Ernst Bloch.

haciendo sentir en él el tiempo de vida que lo respalda. El tiempo de una época no es nunca un tiempo que le pertenece en exclusiva; es un tiempo que se recibe con memoria y alteridad; memoria y alteridad a las que cada época debe fidelidad cuando proyecta su presente. Y por eso, en esta misma línea, pensar la época significa también pensar qué exigencias de fidelidad hemos heredado como horizonte para ser verdaderos (en presencia de otros) en nuestro propio tiempo.

5. Pensar nuestro “estado” en la época

Ya hemos indicado que hay que pensar los cambios de la época y pensar además cómo somos pensados por las fuerzas que moldean el “espíritu del tiempo” según sus intereses de dominio. Pero si queremos que, cuando asumimos la tarea de pensar la época, el pensar alcance realmente la calidad apuntada antes, debemos proseguir el proceso con una secuencia que afecta personalmente a todo el que se comprometa con esta tarea de pensar su época. A esto nos referimos cuando titulamos este punto quinto “pensar nuestro “estado” en la época”. Porque reflexionar sobre ese “estado” nos lleva a cuestionarnos no solamente por el lugar estructural en qué estamos sino también por el modo cómo nos va y por qué nos va de ese modo y no de otro en nuestro “estado”, esto es, hacernos cuestión de nuestra situación personal. Y creo que se comprende que estas cuestiones están vinculadas a su vez a un hecho que nos toca justo en esa dimensión de lo personal, que son nuestros actos de consentimiento o de disenso. De manera que, para ir al punto: pensar el “estado” en que estamos en nuestra época es pensar también nuestros consentimientos o disensos frente al espíritu que la domina. Resaltando este aspecto no queremos, evidentemente, negar el peso de lo estructural, ese agobio de la llamada “fuerza de las cosas” al que nos hemos referido antes de pasada al hablar de la época dominada por un “dispositivo” industrial hostil a lo humano. No se trata de eso, que nos parece manifiesto, sino de resaltar ahora que nuestro “estado” en la época depende también del grado en que consentimos o disentimos en relación con las fuerzas que en ella imponen su visión de la “realidad”. Mas ¿por qué resaltamos este aspecto que hemos llamado personal?

La razón es sencilla: porque pensar esta implicación personal como parte de la tarea de pensar nuestra época en su nivel de dispositivo estructural que nos envuelve, es imprescindible para discernir nuestro propio modo de vida y poder juzgar si pertenecemos a ella con un modo de vida afirmativo ante sus exigencias o si, por el contrario, estamos en ella, pero manteniendo una relación tensa y conflictiva. Es, en una frase, un camino para discernir si nuestro “estado”, a pesar de todas las determinaciones que nos puedan excusar, nos hace cómplices o no. Dicho todavía de otra forma: se trata de discernir nuestra responsabilidad y, con ello, el uso que hacemos de nuestra libertad. Este aspecto, por cierto, no es tan banal como se pudiera creer a primera vista. No olvidemos que, precisamente en círculos intelectuales y/o académicos, se hace sentir, y se nota, todavía el peso de lo que Sartre llamó y denunció como la “herencia de la irres-

ponsabilidad.”¹⁰ Y que, con palabras que podemos aplicar a nuestra propia situación actual, decía contra esta tentación: “Nosotros, por el contrario, estamos convencidos de que no cabe lavarse las manos. Aunque nos mantuviéramos mudos y quietos como una piedra, nuestra misma pasividad sería una acción.”¹¹

6. Pensar la época como tiempo para nuestra libertad

Admitamos que nuestra época, a pesar de la precisión con que está estructurado el dispositivo económico, tecnológico y militar que la estabiliza, es un tiempo profundamente contradictorio. La “cara feliz” que nos presenta con la espectacularidad de sus “logros” o en la industria de los “shows” que entretienen al “mundo global”, puede quizá enturbiar la visibilidad de las contradicciones, pero no disolverlas como si fuesen fantasmas inventados por la imaginación enferma de gente descontenta, “indignada” o resentida. La realidad de las contradicciones que desgarran la humanidad es terca e irrumpe a tiempo y a destiempo en ese supuesto “mundo feliz” (pensemos, por ejemplo, en la llamada “crisis de los refugiados”) para recordarnos que tenemos que tomar partida, es más, que estamos, como se deduce de lo dicho en el punto anterior, involucrados en la partida en cuanto que reproducimos en nosotros las contradicciones de la época.

Y si admitimos igualmente que allí donde hay contradicciones y seres que las encarnan, hay juegos de poder, de deseos y proyectos encontrados y que hay, por tanto, también ecos de la libertad humana, aunque sea en la forma opaca de una libertad cegada por la idolatría de los objetos o debilitada por la alienación¹², creemos que haremos bien si continuamos la reflexión del punto anterior sobre nuestro “estado” en la época, recogiendo la idea de Sartre de que no podemos lavarnos las manos, para concretar la tarea de pensar la época en el sentido de comprenderla como el espacio histórico que nos es dado como el aquí y ahora, como la situación (para decirlo en el lenguaje de Sartre), donde tenemos que justificar nuestra libertad, esto es, nuestro uso de la libertad como llamado a la fundación de alternativas. Lo que significa que debemos pensar la época también desde la lucha por las esperanzas que todavía alimentamos, por los fines que desde esas esperanzas nos proponemos, en otras palabras, desde esa otra frontera de la época que es precisamente lo utópico arraigado en la memoria de la libertad.

¹⁰ Jean-Paul Sartre, *¿Qué es la literatura?*, Editorial Losada, Buenos Aires 1962, página 8.

¹¹ Jean-Paul Sartre, *Ibidem*, página 10.

¹² Remito para la profundización de este punto a la larga y conocida tradición crítica que va desde los antiguos profetas de Israel hasta la filosofía y teología de la liberación pasado por los análisis de Marx sobre el fetichismo y la alienación.

7. Pensar la época desde los comienzos que son posibles

Esta otra, y última, perspectiva es la secuencia lógica de pensar la época como tiempo para nuestro ejercicio de la libertad. Pues el recurso a la experiencia de la libertad como perspectiva a cuya luz debemos pensar también nuestro tiempo nos lleva a profundizar en el desciframiento de su carácter contradictorio, intentando explicitar que las contradicciones nos muestran que la época no puede ser comprendida solamente desde el totalitarismo de lo que en ella se impone como plano hegemónico, es decir, como anuncio de la muerte de las alternativas y del final de todo sueño utópico, sino que tenemos que considerarla también desde lo nuevo alternativo que en ella comienza, justo como manifestación de una libertad humana que resiste tanto el peso de las determinaciones de la situación histórica como la consiguiente tentación de la resignación. Es decir, una libertad humana que sorprende con acciones no previstas. De esta suerte el pensamiento de la época como “tiempo para la libertad” se prolonga en la consideración de la época como tiempo para esas acciones humanas que, no calculadas ni programadas desde lo que se “espera” en lo que hay, abren nuevos comienzos y hacen razonable la esperanza de que todavía podamos confiar en el acontecimiento de “milagros”, como mostraba Hannah Arendt.¹³

Observación final

Para concluir este impulso a la discusión común permitan que destaque la importancia que le doy a las perspectivas apuntadas sobre todo en los apartados seis y siete; pues estoy convencido de que cualquier diagnóstico crítico que podamos hacer desde nuestras respectivas áreas de trabajo sobre la situación y el futuro de nuestra época, cobrará realmente sentido pleno si somos capaces de asumirlo como un llamado a nuestra responsabilidad, es decir, como una interpelación a la conciencia que tenemos, personal y colectivamente, del compromiso con el tiempo en que vivimos; un compromiso que entiendo principalmente como opción por un pensar y un actuar que nos hagan presentes como seres humanos que, justo por dar presencia con su modo de vivir a la humanidad del hombre, testimonian la liberación en nuestra época.

¹³ Cf. Hannah Arendt, *Was ist Politik? Fragmente aus dem Nachlaß*, Pieper Verlag, München 1993.